

Comedia famosa de La entretenida

Miguel de Cervantes Saavedra

-fol. 168v-

Los que hablan en ella son los siguientes:

OCAÑA, *lacayo*.

CRISTINA, *fregona*.

DON ANTONIO.

MARCELA, *su hermana*.

DON FRANCISCO.

CARDENIO.

TORRENTE, *su criado*.

MUÑOZ, *escudero de Marcela*.

DOROTEA.

DON AMBROSIO.

QUIÑONES, *paje*.

ANASTASIO.

Músicos.

UN BARBERO.

UN ALGUACIL.

[UN] CORCHETE.

DON GIL, *bastardo*.

CLAVIJO.

Un CARRETERO.

DON PEDRO OSORIO, *padre de [otra] Marcela.*

Jornada primera



Salen OCAÑA, lacayo, con un mandil y harnero, y CRISTINA, fregona.

OCAÑA	Mi sora Cristina, denmos.	
CRISTINA	¿Qué hemos de dar, mi so Ocaña?	
OCAÑA	Dar en dulce, no en huraña, ni en tan amargos extremos.	
CRISTINA	¿Querría el sor que anduviese de pa y vereda contino?	5
OCAÑA	No hay quien ande ese camino que algún gusto no interese.	
[CRISTINA]	Siempre la melancolía fue de la muerte parienta, y en la vida alegre asienta el hablar de argentería.	10
	-fol. 169r-	
	Motes, cuentos, chistes, dichos, pensamientos regalados, muy buenos para pensados, y mejores para dichos.	15
OCAÑA	Sé yo, Cristina, con quién te burlas, y no es conmigo.	
CRISTINA	¿Sabe, Ocaña, qué le digo?	
OCAÑA	¿Qué dirás que me esté bien?	20
CRISTINA	Dígole que no malicie	

	con tan dañados intentos.	
OCAÑA	Pues a fe que en estos cuentos ando por la superficie: que, si llegase hasta el centro, ¡oh, qué diría de cosas!	25
CRISTINA OCAÑA	Muchas, pero maliciosas. Sálenme mil al encuentro del corazón a la lengua.	
CRISTINA OCAÑA CRISTINA	No te pienso escuchar más. Vuelve, Cristina; ¿a dó vas? Es el escucharte mengua, y enfádanme tus ruindades y tus modos de decir.	30
OCAÑA	El que está para morir, siempre suele hablar verdades. Yo estoy muriendo, y confieso que quieres bien a Quiñones.	35
CRISTINA	De tus malas intenciones agora se vee el exceso; agora se echa de ver que eres loco y laca...	40
OCAÑA	Bueno; pronuncia de lleno en lleno, aunque el «yo» no es menester; que el ser lacayo no ignoro, sin rodeos y sin cifras. Y mal tu venganza cifras en no guardar el decoro que debes a ser fregona de las más lindas que vi, entre Quiñones y mí, ya cordera y ya leona.	45
CRISTINA	¿Soy, por ventura, mujer que he de avasallarme a un paje? ¿O vengo yo de linaje de tan bajo proceder? ¿No soy yo la que en mi flor, por no querer ofendella, presumo más de doncella, que no el Cid de Campeador? ¿No soy yo de los Capoches de Oviedo? ¿Hay más que mostrar?	50 55 60

OCAÑA	Con todo, te has de quedar, Cristina...	
CRISTINA	¿A qué?	
OCAÑA	A buenas noches, Eres muy solicitada y muy vista, y no está el toque en que la flor no se toque, si al serlo está aparejada. Las flores en el campo están sujetas a cualquier mano: a las del bajo villano y a las del alto galán, al arado y al pie duro del labrador que le guía; pero la flor que se cría tras el levantado muro del recato, no la ofende el cierzo murmurador, ni la marchita el ardor del que tocarla pretende. La mujer ha de ser buena, y parecerlo, que es más.	65
CRISTINA	Gran predicador estás; mas tu doctrina condena a tus lascivos intentos.	70
OCAÑA	Levántasles testimonio: que al blanco del matrimonio asestan mis pensamientos.	75
CRISTINA	A mucho te has atrevido. Muestra; aquí está la cebada.	80
	-fol. 169v- (Dale el harnero.)	85

(Éntrase CRISTINA.)

OCAÑA	Toma el harnero, agraviada deste que de ti lo ha sido. ¡Oh pajes, que sois halcones destas duendas fregoniles, de su salario alguaciles,	90
		95

de sus vivares hurones!
 Lleváisos la media nata
 deste común beneficio;
 dais en ella rienda al vicio,
 sin hallar ninguna ingrata: 100
 gozáis del justo botín
 y de la limpia chinela,
 y os reís del arandela
 y del dorado chapín;
 hacéis con modos süaves 105
 burla que os cuesta barata
 de aquellas lunas de plata
 que van pisando las graves.
 ¡Qué presto Cristina vuelve
 con la cebada y Quiñones! 110
 ¡Corazón, triste te pones!
 ¡La sangre se me revuelve
 en ver a estos dos tan juntos,
 tan domésticos y afables!

(Entra CRISTINA, con la cebada, y QUIÑONES, el paje.)

CRISTINA	No le mires ni le hables. Si le hablares, no sea en puntos que te descubran celoso; que hará mil suertes en ti.	115
QUIÑONES	Aunque mozo, nunca fui, ni soy, ni seré medroso.	120
CRISTINA	Advierte que está delante. Tome, galán, la cebada.	
OCAÑA	¿Bien medida?	
CRISTINA	Y bien colmada.	
OCAÑA	¿Midióla mi so galante?	
CRISTINA	No la midió sino el diablo, que tu mala lengua atiza.	125
OCAÑA	Voyme a mi caballeriza, por no ver este retablo destas dos figuras juntas que no se apartan jamás.	130
QUIÑONES	En tales malicias das,	

OCAÑA	que con una mil apuntas; y que te engañas sé yo. Y también sé yo muy bien que a los dos estará bien el callar.	135
CRISTINA	Yo sé que no, porque quien calla concede con el mal que dél se dice.	
OCAÑA	Ninguno te dije o hice.	
QUIÑONES	Ni él decir o hacerle puede.	140
OCAÑA	Por vida suya, que abaje el toldo; que, en mi conciencia, que hay muy poca diferencia entre un lacayo y un paje. La longura de un caballo puede medirla a compás, yo delante, y él detrás: andallo, mi vida, andallo.	145

(Éntrase OCAÑA.)

CRISTINA	¡Y que tú no tengas brío para responderle! Creo que he de recobrar mi empleo y volverme a lo que es mío.	150
QUIÑONES	¿Qué tengo de responder? ¿Ciño espada? No la ciño. Y más, que es mengua si riño con...	155
CRISTINA	Quiñones, a placer: que es Ocaña hombre de bien, y espadachín además.	

(Entran DON ANTONIO y su hermana MARCELA.)

-fol. 170r-

DON [ANTONIO] ¡Porfiada, hermana, estás!

	Quiero, mas no diré a quién.	160
	Tengo ausente mi alegría, sin saber adónde yace, y de aquesta ausencia nace toda mi malencolía.	
	Hanla escondido, y no sé	165
	adónde, en cielo ni en tierra; muévenme los celos guerra, y dan alcance a mi fe, no porque la menoscaben:	
	que, celos no averiguados,	170
	ministran a los cuidados materia porque no acaben; son la leña del gran fuego que en el alma enciende amor, viento con cuyo rigor	175
QUIÑONES	se esparce o turba el sosiego.	
	Aún no han echado de ver que estamos aquí nosotros.	
DON [ANTONIO]	Dejadnos aquí vosotros.	
CRISTINA	Entra aquí el obedecer.	180

(Éntranse QUIÑONES y CRISTINA.)

MARCELA	¿Siquiera no me dirás el nombre desa tu dama?	
DON [ANTONIO]	Como te llamas, se llama.	
MARCELA	¿Como yo?	
DON [ANTONIO]	Y aun tiene más: que se te parece mucho.	185
MARCELA	[Aparte.] ¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto? ¿Si es amor éste de incesto? Con varias sospechas lucho. ¿Es hermosa?	
DON [ANTONIO]	Como vos, y está bien encarecido.	190
MARCELA	[Aparte.] El seso tiene perdido mi hermano. ¡Válgale Dios!	

(Entra DON FRANCISCO, amigo de DON ANTONIO.)

DON FRANCISCO	¿Andan hinchadas las olas del mar de tu pensamiento?	
DON [ANTONIO]	Entraos en vuestro aposento; dejadnos, hermana, a solas; retiraos, hermana mía.	195
MARCELA	¡Dios tus intentos mejore!	

(Éntrase MARCELA.)

DON [ANTONIO]	¿Traéis desdichas que llore, o ya venturas que ría?	200
DON FRANCISCO	Promesas que se han cumplido con dádivas, se han probado; industrias se han intentado del Sinón más entendido; las diligencias que he hecho frisan con las imposibles; linceos ha habido invisibles, y espías de trecho a trecho; pero no puede mostrar sagacidad o cautela dónde han llevado a Marcela; cosa que es para admirar. Solamente se imagina que una noche la sacó su padre, y se la llevó; pero adónde, no se atina.	205
DON [ANTONIO]	¿Si podrá la astrología judiciaria declarallo?	210
DON FRANCISCO	Yo no pienso interrogallo; que tengo por fruslería la ciencia, no en cuanto a ciencia, sino en cuanto al usar della el simple que se entra en ella sin estudio ni experiencia.	215
		220

	Si acaso Marcela fuera alguna joya perdida, yo buscara otra salida, que buena en esto la diera. Santos hay auxiliadores -fol. 170v-	225
	veinte, o más, o no sé cuántos; pero no querrán los santos curarnos de mal de amores. A la justa petición siempre favorece el Cielo.	230
DON [ANTONIO]	Pues, ¿no es muy justo mi celo? ¿No está muy puesto en razón? ¿Busco yo a Marcela acaso sino para ser mi esposa? ¿Della pretendo otra cosa?	235
DON FRANCISCO	O vámonos, o habla paso: que no sabes quién te escucha.	240
DON [ANTONIO]	Vamos, amigo, y advierte que fío mi vida y muerte de tu discreción, que es mucha.	

(Éntranse DON ANTONIO y DON FRANCISCO.)

**(Entran CARDENIO, con manteo y sotana, y tras él TORRENTE, capigorrón,
comiendo un membrillo o cosa que se le parezca.)**

CARDENIO	Vuela mi estrecha y débil esperanza con flacas alas, y, aunque sube el vuelo a la alta cumbre del hermoso cielo, jamás el punto que pretende alcanza. Yo vengo a ser perfecta semejanza de aquel mancebo que de Creta el suelo dejó, y, contrario de su padre al celo, a la región del cielo se abalanza. Caerán mis atrevidos pensamientos, del amoroso incendio derretidos,	245
		250

	en el mar del temor turbado y frío;	255
	pero no llevarán cursos violentos, del tiempo y de la muerte prevenidos, al lugar del olvido el nombre mío.	
	¿Comes? Buena pro te haga; la misma hambre te tome.	260
TORRENTE	No puede decir que come el que masca y no lo traga.	
	No se me vaya a la mano, que ésta, si acaso es culpa, ser me sirve de disculpa	265
	el membrillo toledano.	
	Sé cierto que decir puedo, y mil veces referillo: espada, mujer, membrillo, a toda ley, de Toledo.	270
	Las acciones naturales son forzosas, y el comer una dellas viene a ser, y de las más principales;	
	y esto aquí de molde viene,	275
	y es una advertencia llana: come el rico cuando ha gana, y el pobre, cuando lo tiene.	
	-fol. 171r-	
CARDENIO	Con todo, me darás gusto de que en la calle no comas.	280
TORRENTE	Si estas niñerías tomas por deshonra o por disgusto, yo me aturaré la boca con cal y arena a pisón.	
CARDENIO	Sé que tienes discreción.	285
TORRENTE	¡Y golosina no poca!	
CARDENIO	Sabes lo que nunca supo el diablo.	
TORRENTE	Y aun soy peor.	
CARDENIO	¿Vuelves a comer, traidor?	
TORRENTE	Ya no como, sino chupo.	290

(Entra MUÑOZ, escudero de MARCELA.)

	<p>Pero ves dónde parece tu Santelmo.</p>	
CARDENIO	<p>Así es verdad, puesto que mi tempestad nunca mengua y siempre crece.</p>	
	<p>En estas benditas manos tengo mi remedio puesto.</p>	295
MUÑOZ	<p>Vos veréis cómo echo el resto en daros consejos sanos.</p>	
	<p>Advertid, hijo, que son las canas el fundamento y la basa a do hace asiento la agudeza y discreción.</p>	300
	<p>En la mucha edad se muestra que asiste toda advertencia porque tiene a la experiencia por consejera y maestra; y estas canas no han nacido en aqueste rostro acaso.</p>	305
CARDENIO	<p>Hablad, señor Muñoz, paso, que ya os tengo conocido, y sé que sabéis cortar, colgado del aire, un pelo.</p>	310
MUÑOZ	<p>Así me ayude a mí el cielo como os pienso de ayudar; porque el premio es el que aviva al más torpe ingenio y rudo.</p>	315
CARDENIO	<p>Si es premio este pobre escudo, vuestra merced le reciba con aquella voluntad sana con que yo le ofrezco.</p>	320
MUÑOZ	<p>¡Oh señor, que no merezco tanta liberalidad!</p>	
TORRENTE	<p>Tomóle, besóle y dióle quizá perpetua clausura; del oro la color pura sin duda que enamoróle, porque tiene una virtud de alegrar el corazón, y la avara condición</p>	325

	vive con la senetud.	330
	Pero, ¿a qué pecho no doma la hambre del oro?	
MUÑOZ	Escucha, y con advertencia mucha, hijo, este consejo toma.	
	De Marcela no hay pensar que es de tan tiernos aceros, que la han de ablandar terceros, ni rogar, ni porfiar,	335
	ni lágrimas, ni suspiros, ni voluntad verdadera:	340
	que son con ella de cera de amor los más fuertes tiros.	
	A las olas que se atreven a embestirla por amar, se muestra roca en la mar, que la tocan y no mueven.	345
CARDENIO TORRENTE	Esto con Marcela pasa. No me acobardes y espantes. ¡Oh, cuántos destos diamantes he visto volver de masa!	350
	¡Cuántas he visto rendidas a un billete trasnochado! ¡Cuántas, sin darlas, han dado de ganadas en perdidas!	
	-fol. 171v-	
	¡Cuántas siguen sus antojos en mitad de su recato! ¡Cuántas en el dulce trato tropiezan, y aun dan de ojos!	355
MUÑOZ	Pues ni Marcela tropieza ni cae.	
TORRENTE CARDENIO	¡Gran milagro! Calla:	360
	que es extremo que se halla hoy en la naturaleza, y el señor Muñoz bien sabe lo que dice.	
MUÑOZ	Yo estoy cierto que, aún más bien del que os advierto,	365

	todo en mi señora cabe.	
	Pero vengamos al punto de lo que quiero decir.	
CARDENIO	Hasta acabarle de oír, estoy, Torrente, difunto.	370
MUÑOZ	Es el caso que está en Lima un hermano de su padre de Marcela, caballero de ilustre y claro linaje.	
	De los bienes de fortuna dicen que le cupo parte tanta que, entre los más ricos, suelen por rico nombrarle.	375
	Tiene un hijo que se llama don Silvestre de Almendárez, el cual con doña Marcela, aunque prima, ha de casarse.	380
	Cada flota le esperamos; mas, si en esta que se sabe que ha llegado a salvamento no viene, echado ha buen lance.	385
	Fíngete tú don Silvestre, que yo te daré bastantes relaciones con que muestres ser él mismo; y serán tales,	390
	que, por más que te pregunten, podrás responder con arte, que, acreditando el engaño, tus mentiras sean verdades.	
	Aposentarán te en casa, harán te gasajos grandes, y tú dentro, una por una, podrás ver cómo te vales.	395
CARDENIO	Está bien; pero si acaso en aquesta flota traen cartas dese don Silvestre, y de que no viene saben, yo dentro en casa, ¿qué haré? ¿Cómo podrá acreditarse tan conocida mentira	400
	para que pase adelante?	405
MUÑOZ	Dirás que, después de escritas	

	y dadas, quiso tu madre que te vinieses a España, aunque a hurto de tu padre;	410
	que ella, deseando verse con nietos en quien dilate su nombre y posteridad, no quiso que más tardases.	
	Y este venirme a escondidas podrá, señor, escusarte de no venir con riquezas que el ser quien eres señalen;	415
	mas no dejes de traer algunas piedras bezares, y algunas sartas de perlas, y papagayos que hablen.	420
CARDENIO	En eso yo daré trazas que dese aprieto me saquen, y tales, que satisfagan.	425
TORRENTE CARDENIO	Todo aquesto es disparate. La memoria sea cumplida, y los puntos importantes que en este nuevo edificio han de ser fundamentales, vengan especificados, de modo que me declaren por el mismo don Silvestre.	430
	-fol. 172r-	
MUÑOZ CARDENIO TORRENTE	Ven por ellos esta tarde. Volverá este mi criado.	435
	Volveré, si a Dios le place; que, sin su ayuda, no puedo, ni estornudar, ni mudarme.	
MUÑOZ	Señor, si acaso, si a dicha, si por buena suerte traes otro escudillo, bien puedes con liberal mano darle:	440
	que es invierno, y no hay bayeta, y no será bien que pase frío el que al incendio tuyo procura refrigerarle.	445
CARDENIO	No le traigo, en mi conciencia;	

MUÑOZ	<p>pero yo haré que se os saque un vestido de bayeta, y a mi cuenta le hará el sastre. Venderéle, ¡vive Roque! No consentiré se ensanche Marcela con mis trofeos, que cuestan gotas de sangre. Vístame la que quisiere que polido la acompañe: que gastar yo mi bayeta en servicio ajeno, ¡tate! Y voyme, porque conviene que la memoria se estampe que fortifique este embuste. Y a Dios quedéis.</p>	450
CARDENIO MUÑOZ	<p>Él os guarde. Mire que no se le olvide lo de la bayeta y sastre: que en este punto consisten sus gustos o sus pesares.</p>	465

(Éntrase MUÑOZ.)

CARDENIO TORRENTE	<p>¡Gran principio a mi quimera! Llámalas, señor, dislate; torre fundada en palillos, como casica de naipes. Dime: ¿dónde están las perlas? ¿Dónde las piedras bezares? ¿Adónde las catalnicas o los papagayos grandes? ¿Dónde la práctica de Indias, de los puertos y los mares que se toman y navegan? ¿Dónde la bayeta y sastre? Si quieres que tus negocios en felice punto paren, lleva, y esto te aconsejo, siempre la verdad delante. Capigorrista soy tuyo,</p>	470
		475
		480

	y como padezco hambre, tengo sutil el ingenio, y en dar consejos soy sacre.	485
CARDENIO	Yo me remito a la lista de Muñoz; tú no desmayes, que en las empresas de amor, tal vez se ha visto que valen el ingenio y la ventura más que las riquezas grandes.	490
TORRENTE	Deste laberinto, el cielo con las narices nos saque.	

(Éntranse.)

(Entran MARCELA y DOROTEA, su doncella.)

DOROTEA	Dime, señora: ¿qué muestra te ha dado tu hermano tal, que sea indicio y señal de alguna intención siniestra?	495
	No puedo darme a entender que te ama viciosamente, aunque es caso contingente.	500
MARCELA	¡Y cómo si puede ser! ¿Ya no se sabe que Amón amó a su hermana Tamar?	
	-fol. 172v- ¿Y no nos vienen a dar Mirra y su padre ocasión de temer estos incestos?	505
DOROTEA	Con todo, señora, creo que encamina su deseo por términos más compuestos, y esto tengo por verdad.	510
MARCELA	Mi querida Dorotea, plega al Cielo que así sea; Él rija su voluntad.	

	De contino trae <i>en</i> la boca	515
	mi nombre, a hurto me mira,	
	gime a solas y suspira,	
	las manos me besa y toca;	
	y da por disculpa desto,	
	que me parezco a su dama,	520
	que de mi nombre se llama.	
DOROTEA	¿Hase, a dicha, descompuesto	
	a hacer más de lo que dices?	
MARCELA	No, por cierto; ni querría.	
DOROTEA	Pues desto, señora mía,	525
	no es bien que te escandalices;	
	pues podrá ser que su dama	
	se llame, señora, así,	
	y que se parezca a ti,	
	si de hermosa tiene fama.	530

(Entra DON ANTONIO, hermano de MARCELA.)

MARCELA	Mira do viene suspenso;	
	tanto, que no echa de ver	
	que aquí estamos. De su ser	
	que está trastrocado pienso.	
	Escuchémosle, y advierte	535
	cómo de Marcela trata.	
DON [ANTONIO]	Es tu ausencia la que mata;	
	no el desdén, aunque es tan fuerte.	
	¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!	
	¡Cuán lejos debió estar de conocerte	540
	el que al furor de la invencible muerte	
	igualó tu poder y tu violencia!	
	Que, cuando con mayor rigor sentencia,	
	¿qué puede más su limitada suerte	
	que deshacer la liga y nudo fuerte	545
	que a cuerpo y alma tiene inconveniencia?	
	Tu duro alfanje a mayor mal se estiende,	
	pues un espíritu en dos mitades parte.	
	¡Oh milagros de amor, que nadie entiende!	
	Que, del lugar de do mi alma parte,	550
	dejando su mitad con quien la enciende,	

	<p>consigo traiga la más frágil parte. ¡Oh Marcela fugitiva y sorda al lamento mío! ¿Cómo quiere tu desvío que ausente muriendo viva? ¿Dónde te escondes? ¿Qué clima, inhabitable te encierra? ¿Cómo a tu paz no da guerra el dolor que me lastima? ¡Téngote siempre delante, y no te puedo alcanzar! Para temer y pensar, ¿esto no es causa bastante?</p>	555
MARCELA		
	-fol. 173r-	
DOROTEA	<p>Sí, por cierto. Nunca estés sola, si fuere posible; de que aspire a lo imposible, jamás ocasión le des; rómpase en tu honestidad, en tu advertencia y recato, la fuerza de su mal trato, que nace de ociosidad. Y vámonos, no nos vea; dé a solas rienda a su intento.</p>	565
		570
MARCELA	<p>Yo estoy en tu pensamiento, que es muy bueno, Dorotea.</p>	575

(Éntrase MARCELA y DOROTEA.)

(Sale OCAÑA, de lacayo, con una varilla de membrillo y unos anteojos de caballo en la mano, y pónese atento a escuchar a su amo.)

DON [ANTONIO]	<p>Amor, que lo imposible facilitas con poderosa fuerza blandamente, allanando las cumbres, ¿por qué las nubes de mi sol no quitas? ¿Por qué no muestras por algún Oriente</p>	580
---------------	--	-----

	las dos hermosas cumbres que dan rayos al sol, luz a tus ojos, por quien te rinde el mundo sus despojos? ¿Qué quieres, Ocaña?	
OCAÑA	Quiero herrar el bayo, señor, y no acierta el herrador a herralle si no hay dinero. Débense cuatro herraduras y un brebajo; mira, pues, si andarán aquellos pies, siendo tus manos tan duras. Y vengo por seis raciones que me deben: que amohína ver que sobren a Cristina y resobren a Quiñones, y que falten para mí, que sirvo mejor que todos, de tres y de cuatro modos.	585 590 595
DON [ANTONIO]	Confieso que ello es así, Ocaña amigo, y sabed que todo se os pagará. Y andad con Dios.	600
OCAÑA	Siempre está conmigo vuestra merced riguroso por el cabo.	605
DON [ANTONIO]	¿En qué modo?	
OCAÑA	¿Yo no veo que, cual si fuera guineo, bezudo y bozal esclavo, apenas entro en la sala por alguna niñería, cuando cualquiera me envía, si no en buena, en hora mala? A nadie se le trasluce, por más que yo lo procuro, el ingenio lucio y puro que en este lacayo luce. Anda conmigo al revés fortuna poco discreta: que, si tú fueras poeta,	610 615

quizá fuera yo marqués, 620
-fol. 173v-
o, por lo menos, ya fuera,
tu consejero y privado;
pero de mi corto hado
tamaño bien no se espera.

Hay poetas tan divinos, 625
de poder tan singular,
que puedan títulos dar
como condes palatinos;
y aun, si lo toman despacio,
en tiempo y caso oportuno, 630
no habrá lacayo ninguno
que no casen en palacio
con doncellas de la reina,
de valor único y solo:
que, por la gracia de Apolo, 635
esta gracia en ellos reina.

Pero yo nací, sin duda,
para la caballeriza,
haciendo en mis dichas riza
mi suerte, que no se muda. 640

El discreto es concordancia
que engendra la habilidad;
el necio, disparidad
que no hace consonancia.

Del cuerpo por los sentidos 645
obra el alma, y, cuales son,
o muestra su perfección,
o términos abatidos.

De aquesto quiero inferir
que tan sutil cuerpo tengo, 650
que en un instante prevengo
lo que he de hacer y decir.

Lacayo soy, Dios mediante;
pero lacayo discreto,
y, a pocos lances, prometo 655
ser para marqués bastante,

	<p>como aquel de Marinán, de <i>dinare, e più dinare,</i> si la suerte no estorbare este bien que no me dan.</p>	660
DON [ANTONIO]	<p>¡Alto! Vos habéis hablado de modo que me obligáis a que de humilde subáis a más eminente estado, siendo al primero escalón servirme de consejero; y así, amigo Ocaña, quiero mostraros mi corazón, para que, viendo patentes las ansias que en él se anidan, ellas a tu ingenio pidan los remedios suficientes: que tal vez una dolencia casi incurable la sana de una vejezuela cana una fácil experiencia.</p>	665
OCAÑA	<p>Dime tu mal, mi señor, y verás cómo en tantico tantos remedios aplico, que sanes con el menor.</p>	670
	<p>Y si por ventura es el ciego el que te atormenta, puedes, señor, hacer cuenta de que ya sano te ves, porque no se ha de tomar conmigo el dios ceguezuelo.</p>	675
DON [ANTONIO]	<p>Que no estás en ti recelo.</p>	680
OCAÑA	<p>¿Pues en quién había de estar? Que, a no tomarme del vino, por costumbre o por conhorto, no hubiera en toda la corte otro Catón Censorino como yo.</p>	685
DON [ANTONIO]	<p>Ya desvarías. Vuélvete, Ocaña, a tu establo.</p>	690

(Éntrase DON ANTONIO.)

OCAÑA	Aunque más sentencias hablo y elevadas fantasías, se me trasluce y figura, -fol. 174r- conjeturo, pienso y hallo, ha de ser mi sepultura. Y está muy puesto en razón:	695
	que, el que quiere porfiar contra su estrella, ha de dar coces contra el agujón. Cristinica estará agora en la plaza; allá me impele aquella fuerza que suele, que dentro del alma mora. Búscola como a mi centro, y si la encontrase yo, nunca jugador echó tan rico y gustoso encuentro. Deste gusto no me prive Amor, que en mi ayuda llamo, y siquiera, con mi amo, ni más medre ni más prive.	700 705 710 715

(Éntrase OCAÑA.)

(Salen DON AMBROSIO, caballero, y CRISTINA, con un billete en la mano.)

CRISTINA	Hasta ponerle yo en parte donde le vea, harélo; pero en lo demás recelo que no podré contentarte.	
DON AMBROSIO	Haz, amiga, que le lea: que en sólo aquesto consiste	720

	la alegría deste triste.	
CRISTINA	Digo que haré que le vea. Quizá, por curiosidad, querrá leerle Marcela:	725
	que se ha de usar de cautela con su mucha honestidad. No desplegaré la boca para decir la palabra:	
	que en sus entrañas no labra fuerza de amor, mucha o poca.	730
DON AMBROSIO	¿Regálala, por ventura, don Antonio?	
CRISTINA	Como a hermana.	
DON AMBROSIO	De ser su intención tan sana, no sé yo quién lo asegura.	735
	¡Oh padre mal advertido!	
CRISTINA	No le tiene.	
DON AMBROSIO	Sí le tiene; pero a mí no me conviene el darme por entendido.	
	De las cosas que sospecho y de las que son tan graves, tenga la lengua las llaves, y no las arroje el pecho.	740
CRISTINA	Vete, señor, que allí asoma un paje de casa.	
DON AMBROSIO	Amiga, por tu industria y tu fatiga, este pobre premio toma. Y prométete de mí montes de oro, que bien puedes.	745
CRISTINA	La menor de tus mercedes suele ser un Potosí.	750
	(Dale una cajita pintada.)	

(Vase AMBROSIO, y entra QUIÑONES.)

QUIÑONES	¿Quién era, Cristina, el lindo que con tanta sumisión debió encajar su razón?
----------	---

	«Tuyo soy, y a ti me rindo».	755
	¡Vive el Dador de los cielos, que es la fregona bonita! Ordena, manda, pon, quita; ta, ta, también pide celos.	
CRISTINA	El so paje, por su entono, que primero se tarace la lengua, que otra vez trace palabras, y no en mi abono.	760
	-fol. 174v-	
	¿Hásenos vuelto otro Ocaña? ¡Celos y más celos!	
QUIÑONES	Calle, y advierta que está en la calle.	765
CRISTINA	¡Ay! Por mi fe, que se ensaña el mancebito frión.	
QUIÑONES	Cristina, menos gallarda; que esa gallardía aguarda...	770
CRISTINA	¿Qué, mi rufo?	
QUIÑONES	Un bofetón.	
CRISTINA	¿En mi cara?	
QUIÑONES	En la del cura le diera, a venir a mano.	
CRISTINA	¿Y que alzarás tú la mano contra tanta hermosura como pusieron los cielos en mis mejillas rosadas?	775
QUIÑONES	Siempre son desatinadas las venganzas de los celos. Ocaña es éste. Camina, y escóndete entre la gente.	780

(Éntranse QUIÑONES y CRISTINA, y sale OCAÑA.)

OCAÑA	Partió mi sol de su Oriente, y al ocaso se encamina, y tras sí lleva la sombra que le sirve de arrebol.	785
	Para mí no es este sol, sino niebla que me asombra.	

<p>Plega a Dios, humilde paje, asombro de mi esperanza, que ni valgas por privanza, ni te estimen por linaje; sirvas a un catar[r]ibera, que te dé corta ración; sea tu estado un bodegón; no te dé luto, aunque muera; y cuando el cielo te adiestre a servir a un titulado, tu enemigo declarado el maestresala se muestre.</p> <p>De las hachas no te valgas, ni de relieves veas gozo, y nunca te salga el bozo, porque de paje no salgas.</p> <p>Póngante infames renombres; juegues; pierdas la ración, que es la mayor maldición que pueden darte los hombres.</p>	<p>790</p> <p>795</p> <p>800</p> <p>805</p>
--	---

(Éntrase OCAÑA.)

(Sale MUÑOZ.)

<p>MUÑOZ</p>	<p>Despierto y durmiendo, estoy pensando siempre y soñando cuándo ha de llegar el cuándo mude el pellejo en que estoy; cuándo querrá aquel planeta que sobre mí predomina, que remedien mi rüina el gran sastre y la bayeta.</p> <p>Diles la memoria, y diles, previniendo mil barruntos, de los más sotiles puntos las respuestas más sotiles;</p>	<p>810</p> <p>815</p>
--------------	---	-----------------------

pero, con todo, me pesa 820
de haberme empeñado así,
porque tengo para mí
ser de peligro la empresa.

(Entran DON ANTONIO y TORRENTE en hábito de peregrino.)

DON [ANTONIO]	Mucho más es melindre que advertencia, y has tenido confianza poca 825
	-fol. 175r-
MUÑOZ	de quien yo soy. Por Dios, que estoy corrido. ¡Válgate el diablo! ¿Qué disfraz es éste? Esto no puse yo en la lista.
TORRENTE	Digo que el señor don Silvestre de Almedárez no pudo más. El caso fue forzoso, 830 y la borrasca tal, que nos convino alijar el navío, y echar cuanto en su anchísimo vientre recogía al mar, que se sorbió como dos huevos catorce mil tejuelos de oro puro. 835 Al cielo las promesas y oraciones volaban más espesas que las nubes, que la cara del sol cubrían entonces; entre las cuales oraciones, una envió don Silvestre al sumo alcázar 840 con tan vivos y tiernos sentimientos, que penetró los cascos de los cielos. Conteníase en ella que de Roma aquello que se llama Siete Iglesias andaría descalzo peregrino, 845 si Dios de aquel peligro le sacaba. Añadió a su promesa mi persona; añadidura inútil, aunque buena en parte, pues que soy su amparo y báculo. En fin: salimos mundos y desnudos 850 a tierra, ni sé adónde, ni sé cómo, habiéndose engullido el mar primero hasta una catalnica que traíamos, de habilidad tan rara, y tan discreta,

	que, si no era el hablar, no le faltaba otra cosa ninguna.	855
DON [ANTONIO]	Bien, por cierto, la habéis encarecido; aunque yo pienso que catalnicas mudas valen poco.	
TORRENTE	Por señas nos decía todo cuanto quería que entendiésemos.	
MUÑOZ	¡Milagro!	860
TORRENTE	De perlas, ¡qué de cajas arrojamos; tamañas como nueces, de buen tomo, blancas como la nieve aún no pisada; de esmeraldas, las peñas como cubas, digo, como toneles, y aun más grandes;	865
	-fol. 175v-	
	piedras bezares, pues dos grandes sacos; anís y cochinilla, fue sin número.	
MUÑOZ	Entre esas zarandajas, ¿por ventura fue bayeta al mar?	
TORRENTE	¡Y el sastre y todo!	
MUÑOZ	A malísimo viento va esta parva; no me cuadra ni esquina esta tormenta, puesto que viene bien para el embuste.	870
DON [ANTONIO]	¿En qué paraje sucedió el naufragio?	
TORRENTE	Estaba yo durmiendo en aquel trance, y no pude del paje ver el rostro.	875
DON [ANTONIO]	Paraje dije; pero no me espanto, que aun hasta aquí os conturba la borrasca, ni que en ella os durmiédes; que el miedo tal vez suele causar sueño profundo.	
TORRENTE	No quiso mi señor, ni por semejas, de cuatro mil y más ofrecimientos que de darle dineros se le hicieron, recibir sino aquellos que bastasen a no pedir limosna en su viaje;	880
	pero no supo bien hacer la cuenta, porque ya casi todos son gastados.	885
MUÑOZ	¡Válgate Satanás, qué bien lo enredas!	
TORRENTE	La primera estación fue a Guadalupe, y a la imagen de Illescas la segunda, y la tercera ha sido a la de Atocha; a hurto quiso verte, y esta tarde	890

	<p>quiere partirse a Roma; agora queda en San Ginés hincado de hinojos, arrojando del pecho mil suspiros, vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas, pidiendo a Dios que le encamine y gué en el viaje santo prometido.</p>	895
	<p>Yo, señor, soy ternísimo de plantas, a quien callos durísimos enclavan, de tan largo camino procedidos; querría que se diese alguna traza de que por quince días descansásemos, para tomar aliento y refrigerio en el nuevo camino que se espera. Además, que también [él] es ternísimo, -fol. 176r-</p>	900
	<p>y podría el cansancio fatigalle, de modo que el camino con la vida se acabase en un punto: caso triste si tal viniese a ser, por el tremendo dolor que sentiría mi señora doña Ana de Briones, madre suya.</p>	910
DON [ANTONIO] TORRENTE	<p>Vamos, que yo pondré remedio en todo. No hay decir, señor, que yo te he visto, porque me ha de matar si es que tal sabe. ¡Oh pecador de mí!, ¡Éste es que viene! ¡En la red me ha cogido! ¡Negativa, señor; si no, yo muero!</p>	915
DON [ANTONIO]	<p>No hayas miedo.</p>	

(Entra CARDENIO, como peregrino.)

CARDENIO	<p>Mi señor don Silvestre de Almendárez, ¿para qué es encubriros de quien tiene tantas obligaciones de serviros? ¡Oh traidor, malnacido! Por Dios vivo, que os engaña, señor, este embustero: que yo no soy aqueese don Silvestre que dices de Almendárez, sino un pobre peregrino, y tan pobre.</p>	920
----------	---	-----

TORRENTE	¿Qué me miras? Yo no le he dicho nada; y si lo he dicho, digo que miento una y cien mil veces. [Aparte, a DON ANTONIO.] ¡Vive Dios!, que es el mismo que te digo. Apriétale, y conjúrale, y confiese.	925
DON [ANTONIO]	¡Por Dios, primo y señor, que es caso fuerte negarme esta verdad! ¿Qué importa vengas rico o pobre a tu casa, que es la mía?	930
TORRENTE	¡Eso es lo que yo digo, pesia al mundo!	
DON [ANTONIO]	¿Mandabas tú a los vientos, o pudiste del proceloso mar las altas olas sosegar algún tanto? ¿No es locura hacer caso de honra los sucesos varios de la fortuna, siempre inestable, o, por mejor decir, del cielo firme?	935
TORRENTE	¡Ea, señor, que ya pasa de raya tan grande pertinacia! ¡Vive Roque, señor, que es don Silvestre de Almendárez, -fol. 176v- vuestro primo y cuñado, el peregrino, y mi amo, que es más!	940
CARDENIO	Pues tú lo dices, no quiero más negarlo, pues no importa. Dadme, señor, las manos.	945
DON [ANTONIO]	Doy los brazos, y el alma en su lugar, querido primo.	
CARDENIO	Tomad los míos, que, entre aquestos brazos, también os doy mi alma. [A TORRENTE.] En recompensa, no te la cubrirá pelo, si puedo.	950
TORRENTE	Que no temo amenazas mal nacidas, porque esto es lo que importa a nuestro hecho.	
MUÑOZ	¿Y cómo?	
DON [ANTONIO]	No hayáis miedo que se os toque al pelo de la ropa por lo dicho.	
TORRENTE	Mi señor es discreto, y verá presto de cuán poca importancia era el silencio, en semejante caso.	955
DON [ANTONIO]	Señor primo,	

	vamos a casa, y sepa vuestra esposa vuestra buena venida y deseada.	
CARDENIO MUÑOZ	Siempre he de obedecer. ¡Qué bien trazada quimera! Si ella llega a colmo, espero un Potosí de barras y dinero.	960
TORRENTE MUÑOZ	¿Qué os parece, Muñoz? Que me parece que es verdad cuanto ha dicho, y que lo veo.	
TORRENTE	¡Y cómo que es verdad! Sin que le falte un átomo, una tilde, una meaja.	965

(Éntranse DON ANTONIO, CARDENIO y TORRENTE.)

MUÑOZ	Términos tienen estos socarrones de hacerme a mí entender que la borrasca y el alijo de ropa es verdadero. Ahora bien, veremos lo que pasa, que, una por una, los dos ya están en casa.	970
-------	---	-----

FIN DE LA PRIMERA JORNADA